

F. C. U.  
372.879.6

MAHEU

1 Ej2

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION  
Administración de Educación Física, Deportes y Recreación

# DEPORTE y CULTURA

RENE MAHEU

011 468
SIG 401
372,879.6
UN 1

# DEPORTE y CULTURA

RENE MAHEU

Para una Introducción al tema del Deporte y Cultura

Ej. 1

07287

René Maheu  
Director General de la Unesco

Si se considera que el deporte y la educación física son en esencia disciplinas humanas con una función social, que contribuyen a formar la personalidad y a darle plenitud, cabe preguntarse cuáles son las relaciones y las influencias mutuas que pueden existir entre dichas actividades y la cultura. Tanto el deporte como la cultura contribuyen al enriquecimiento del patrimonio humano, el primero por el desarrollo inteligente y razonado del cuerpo, la segunda por el paciente esfuerzo que amplía constantemente al campo de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad.

¿Cuáles son las relaciones entre el deporte y la cultura? Hace muchos años que esa cuestión me preocupa, como uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo.

Traducción preparada por la Comisión Nacional Argentina para la Unesco

po, y sin embargo tengo la impresión de haber avanzado muy poco en su comprensión. Por eso no pretendo proponer una solución definitiva; sólo quisiera formular algunas observaciones personales y me daré por satisfecho si mis consideraciones y mis hipótesis suscitan a su vez una reflexión a elucidar tan difícil problema.

No examinaré las relaciones entre la cultura y el deporte con una perspectiva histórica. Lo que nos importa es el problema de nuestra civilización contemporánea, y aunque las comparaciones con el pasado puedan servir para aclararlo, debemos concentrar nuestra atención en las características del presente.

Es forzoso hacer una primera observación: si se entiende por cultura la expresión cultural, las relaciones entre este aspecto formal de la cultura y el deporte son hoy muy escasas e incluso prácticamente inexistentes. En el campo de la filosofía, la literatura, el teatro e incluso el cine, la pintura, la escultura y la música, son muy pocas las obras de cierto mérito en cuyo tema o estilo se observa una influencia del deporte. Es ínfimo el número de obras de cierta importancia estética inspiradas en el deporte, tanto en la esfera del pensamiento como en la del arte.

Pero hay algo más grave. Tomemos el caso de Francia (es sólo un ejemplo, pero quizás la observación podría generalizarse) y comprobaremos que las pocas obras interesantes que podrían citarse por haber en ellas algo del universo peculiar del deporte, se remontan a una época ya lejana y caduca, en que el deporte era todavía un movimiento militante que había de luchar por integrarse en las costumbres. Me bastará citar, por ejemplo, a Giraudoux, Montherlant, Jean Prévost, André Obey y Joseph Jolinon en literatura y, si pasamos a Suiza, cabrá recordar a Arturo Honegger en la música. Pero las obras que esos autores han consagrado al deporte son anteriores a 1925.

A partir de esa fecha el deporte no sólo se ha afirmado constantemente, sino que ha triunfado, y desde que ha obtenido ese triunfo en el plano social no hay nada ni casi nada que sea digno de mencionarse. Recíprocamente, falta cada vez más la atmósfera intelectual y artística que rodeaba al deporte. ¿Dónde están, en los estadios, las estatuas dignas de la belleza de las actitudes y los juegos? En Helsinki la representación en bronce de Nurmi en plena carrera me conmovió más por la fidelidad del recuerdo que por el valor estético de la estatua. ¿Dónde están las obras de teatro, las sinfonías, los cantos y los bailes que deberían orquestar, preparar y prolongar los combates y los dramas deportivos? ¿Dónde están las meditaciones, las invocaciones, las contemplaciones en que debería reflejarse y ahondarse el armonioso dominio del cuerpo y del alma? ¿Cómo no lamentar la desoladora mediocridad de los concursos de literatura y bellas artes que Pierre de Coubertin quiso integrar en los programas de los Juegos Olímpicos, como en los tiempos antiguos, y que fue preciso incluir resignadamente después de Melbourne entre las manifestaciones marginales de

las Olimpiadas? Hay un hecho sorprendente, desconcertante, irritante e incluso, digámoslo, escandaloso: el divorcio entre el deporte, por lo demás triunfante, y lo que yo llamaría no la cultura, sino las formas de la expresión de la cultura.

De ahí quisiera partir como para descifrar un enigma, para tratar de comprender, y hacer posible de resolver, el misterio de las relaciones entre el deporte y la cultura. Se piensa en seguida en una explicación que no es pura hipótesis, sino opinión compartida por muchos: el deporte, como dicen algunas, es incompatible con la cultura o por lo menos se sitúa por ahora a un nivel en cierto modo inferior al de la cultura y no rebasará ese nivel sino en una etapa ulterior de su evolución.

Esta opinión, todavía muy frecuente en muchos medios llamados intelectuales, es compartida por numerosas profesiones y educadores. Por ello es tan urgente demostrar hasta qué punto es contraria esa concepción o la verdad. Lejos de creer que el deporte es incompatible con la cultura y está por debajo de su nivel, estimo, por el contrario, que es una cultura y que en la situación actual desempeña esa función para masas innumerables. Quisiera aclarar esa idea precisando ciertas características que permiten considerar el deporte como un fenómeno paralelo al fenómeno cultural.

En primer lugar, el deporte y la cultura tienen el mismo punto de partida: el tiempo libre. No hay cultura ni deporte sin ese lujo, ese tiempo, esa energía disponibles que el trabajo deja al hombre y que éste puede utilizar como quiera. En la civilización actual ese lujo es cada vez más importante. Con el desarrollo del maquinismo después de un larguísimo período en que la civilización fue esencialmente civilización del trabajo, el tiempo libre constituye hoy la parte esencial, si no la mayor parte de la vida. Como en la antigüedad el hombre libre, fuera de la guerra, tenía toda el tiempo a su disposición.

Los griegos empleaban el mismo término para decir tiempo libre, escuela o educación; hasta tal punto es cierto que la cultura y el culto de ciertos valores implican una superabundancia de energía y de tiempo a disposición de los hombres. En la actualidad el deporte es quizá la forma más frecuente de emplear el tiempo libre. En muchos países es la forma por excelencia, y si no se armoniza con la cultura está destinado a rivalizar con ella, pues si bien ambos tienen en el tiempo libre un origen común, es forzoso reconocer que el deporte ejerce sobre las masas una atracción mucho más fuerte que la cultura.

El deporte desempeña la misma función que la cultura puesto que, como ella, dignifica esa libertad, esa parte de nuestra energía no absorbida por el trabajo utilitaria. Por eso el deporte que se asemeja a un trabajo no es deporte. El único verdadero es el deporte por afición. En cuanto se convierte en actividad utilitaria, en caminata al beneficio material, pierde contacto con esa fuente primitiva, el tiempo

pa libre, que le confiere su dignidad esencial y su estrecha afinidad con la cultura.

Demás un paso más. Entre las diferentes actividades que ocupan el tiempo libre hay una, común tanto al deporte como a la cultura, que se llama juego. El juego aporta una nota especial: la gratuidad. Es una actividad libre y desinteresada de hombres libres, que tiene en sí misma su propio valor, su propia recompensa, su propia justificación. Otro tanto ocurre con la cultura, que es juego, ficción, frente a las actividades serias de la vida; incluso el pensamiento filosófico o el pensamiento de libre cultura es una forma de juego, como lo es fundamentalmente el deporte. No es casual que en inglés, por ejemplo, la misma palabra sirva para designar el juego y el deporte. En ambos casos se trata de una actividad desinteresada, gratuita.

La comparación podría llevarse hasta los detalles. La gratitud del juego no excluye la necesidad, sino que incluso la suscita. Cuando más libre es una actividad, más necesidad tiene de normas que le den una naturaleza ficticia, regida por sus propias leyes arbitrarias, para imponer a un mundo de ficción como el del juego la misma regularidad, el mismo realismo que las leyes de la naturaleza confieren a la realidad concreta. Así, en el deporte el progreso es determinado siempre por una precisión creciente de las reglas. Lo cual no significa que el deporte sea una actividad derivada de la necesidad. Precisamente porque es una actividad gratuita, tiene una regla que precisa sus normas y traza sus límites.

Continuando el análisis podremos, en virtud de otras características, clasificar los juegos en dos categorías: los de azar y los de combate. Por una parte están los juegos en que la libertad del hombre se enfrenta con el azar, es decir, con lo más opuesto a la regla y a la fatalidad, por otra los que Roger Callois llama "agon", juego-combate, juego-certamen, todos los juegos de destreza en que el hombre enfrenta con las cosas y la naturaleza, o bien consigo mismo o con otros hombres, y el juego se convierte entonces en competición. Entre esos dos tipos de juego, el de azar (como el de los dados en todas sus variantes) y el juego-combate, el deporte pertenece indiscutiblemente a esta última categoría. Pero el juego-combate tiene por característica esencial la de suscitar en el espectador un movimiento de comprensión por simpatía que el juego de azar no produce jamás. Si se observa a un jugador de ruleta o de dados, por ejemplo, se verá que entre él y la persona que mira no se establece ninguna corriente de simpatía (como no se crean simpatías accidentales, debidas a un vínculo personal); el espectador no participa en el juego. Por el contrario, en el juego-combate se crea inmediatamente entre el espectador y el actor una corriente de participación por simpatía.

Llegamos así a un principio común del espectáculo deportivo y el espectáculo cultural. Así como en el teatro el público participa en el drama que se está representando (de manera que es a la vez actor y espectador), así se produce en el estadio entre el público y los atletas una extraordinaria corriente de participación. Diré in-

cluso, tan estrecho es el paralelismo que existe entre el espectáculo cultural (el teatro, por ejemplo) y el deporte, que el espectáculo deportivo es el verdadero teatro moderno. Docenas de millares de personas guardan silencio y se recogen mientras se concentra el atleta, para liberarse en un grito cuando da el salto en el aire. ¿En qué teatro se encontrará una comunión semejante? Esa participación del actor y del espectador, ese vínculo estrecho entre el individuo que se afirma y lucha y esas multitudes anónimas que escuchan o miran, del que nace una corriente de simpatía, comprensión y apoyo, nos remonta a los orígenes del teatro antiguo, del teatro griego. Y el deporte, por ese aspecto particular del juego-combate, tiene la virtud de liberar las posiciones de los espectadores, tiene la virtud de "purgarlos", según la expresión aristotélica, como cualquier obra de arte y sobre todo de teatro.

Sólo conozco una emoción absolutamente extraña al espectáculo deportivo y que lo anula: la risa. En un estadio no se ríe o, si se ríe, es porque el deporte ha dejado de serlo. El deporte es un juego que expresa las emociones líricas o las emociones dramáticas y a veces incluso las trágicas; es un juego extraordinariamente serio. Admite la serenidad de una sonrisa, pero excluye la risa destructora que introduce la duda y separa al espectador del espectáculo, porque esa risa es el demanto, el único a quien está prohibido el acceso al estadio. Pero el deporte puede expresar todos los demás sentimientos, todas las demás emociones humanas. Como la cultura y el espectáculo cultural - en particular la danza y el teatro, que son las artes más completas -, expresan esos sentimientos y emociones en el actor y por simpatía en el espectador, desempeñando así la función de "catarsis", de purificación, que Aristóteles había observado ya en el teatro.

No es de extrañar así que el deporte sea creador de mitos, como el teatro, la literatura y el arte. Hay una mitología deportiva cuyas manifestaciones pueden parecer a veces un tanto ridículas a los intelectuales; tiene sus leyendas, sus héroes y sea cual sea la forma en que se exprese, muestra una potencia creadora que revela un estrecho parentesco entre las artes completas y el deporte.

Por último, no necesito decir que el deporte es creador de belleza. Por el movimiento, por el ritmo, que son las conquistas del espacio y del tiempo, el deporte se asemeja a las artes creadoras de belleza. No hay atleta que pueda realizar una hazaña sin un dominio tan perfecto de su cuerpo, en el tiempo y en el espacio, que no exista diferencia alguna entre sus movimientos, con el ritmo en que se integran y los más perfectos espectáculos de la danza, las más armoniosas cadencias del lenguaje, los más refinados ritmos arquitectónicos y escultóricos o incluso los más bellos acordes de colores y de luz. Por último, quien se consagra al arte o al deporte lo hace con esa misma afirmación inimitable de la personalidad que se llama estilo.

Puede haber varios atletas que recorren la misma distancia en el mismo tiempo.

po record, pero no hay dos que lo hagan de la misma manera. Dos, tres atletas pueden saltar hasta la misma altura o lanzar el disco a la misma distancia, pero cada uno tiene su manera y su personalidad. Así se afirma, incluso en la perfección más absoluta, la individualidad que caracteriza tanto el arte como el deporte.

Para terminar este breve paralelo entre la cultura y el deporte, recordemos que ambos son portadores de valores éticos, con los cuales, desde luego, no se confunden. El arte y la cultura prestan su apoyo a una moral, pero no se identifican con ella, como también lo dijo Gide: "no se hace buena literatura con buenos sentimientos". Ambos son vehículo natural de valores morales; los difunden y los ponen al alcance de sectores cada vez más amplios y más hondos de la población.

El ascetismo del esfuerzo, la armonía de la personalidad, el sentido de la justicia que implica el respeto de las reglas, la fraternidad de clases, razas y pueblos, como se observa en la práctica del deporte y en el espectáculo deportivo, son altos valores morales que tienen en nuestra civilización moderna la afirmación más eficaz en el deporte. No sé de ningún movimiento social, ideológico o intelectual que de manera tan directa pueda hacer comprender todos esos valores fundamentales a la juventud, a todas las clases y a todos los pueblos, por encima de las fronteras de razas y lenguas, por encima de las barreras políticas.

Por consiguiente, no sólo tienen el deporte y la cultura un origen común - el tiempo libre - sino que, con todo el desarrollo y el refinamiento estético del juego, traducen los mismos valores morales y están al servicio de causas paralelas. Sin embargo, sigue siendo cierto que en nuestra civilización moderna la expresión artística, la expresión cultural, no han conseguido todavía apoderarse del deporte. Ello no se debe, como espero haberla demostrado a una incompatibilidad entre el deporte y la cultura; por el contrario, sería difícil citar dos fenómenos más cercanos, más íntimamente emparentados. No obstante, el deporte no ha logrado franquear todavía el umbral de la expresión cultural. En otros términos, el deporte es una cultura y desempeña las funciones de tal por su contenido, pero no ha alcanzado la expresión formal de la cultura.

Quisiera hacer aquí algunas reflexiones sobre ese punto. ¿A qué se debe tan sorprendente situación? Las causas son, a mi juicio, múltiples y es preciso abstenerse de toda simplificación. Las clasificaré en tres categorías netamente distintas. Hay causas sociológicas, éticas y estrictamente estéticas. Todas ellas explican, a mi juicio, que un fenómeno tan importante desde el punto de vista social e incluso económico como el deporte, tan cercano por otra parte al fenómeno cultural, no haya alcanzado todavía la expresión formal que comúnmente se asocia con la cultura.

Comencemos por las causas sociológicas y tengamos el valor de reconocer

ciertos defectos característicos de nuestra sociedad contemporánea, que se advierten en cuanto se la compara con la sociedad antigua o con la del Renacimiento. En aquellas épocas era una misma sociedad, una misma clase la que practicaba la cultura y el deporte. En cambio, no puede negarse que en muchas sociedades contemporáneas la expresión cultural es atributo de una minoría; trátase de una clase dirigente o de profesionales especializados, la cultura pertenece a una minoría, y no es esta la que da la masa de participantes en las actividades deportivas. En las sociedades de clases, la cultura se limita a una de ellas, por ejemplo a la burguesa, que representa un sector relativamente pequeño de la población. Tomemos de nuevo como ejemplo a Francia, país al que nadie negará una vieja cultura y una larga tradición democrática. Sin embargo, es preciso reconocer que casi tres cuartas partes de los franceses no tienen acceso directo a artes como el teatro, la pintura o la escultura. ¿Cuáles son los campesinos o los obreros que van al teatro o visitan exposiciones de pintura? La mitad de la población campesina, un cuarto de la clase obrera, no participan directamente en el movimiento cultural. Y no me refiero a las formas más refinadas de la cultura, como la filosofía y la poesía, que exigen un lenguaje especial. En muchos países - países con clases - se suele tener la impresión de que la cultura es privilegio de unos cuantos "sabios", y esto se aplica también a las sociedades que no presentan la misma estructura de clases, pero en las cuales se repiten ciertas diferenciaciones, debidas a que la cultura está entre manos de profesionales. Uno de los defectos de nuestra cultura es que las formas de expresión en las cuales se manifiesta no son accesibles al obrero o al campesino a quienes acabo de referirme. Aclaro que se trata de las formas de expresión de nuestra cultura, pues en realidad admito que el campesino o el obrero que no van al teatro por razones económicas fáciles de comprender, poseen la misma cultura que los que van. Pero no tienen acceso a la búsqueda artística en que se expresa esa cultura.

Por el contrario, el deporte ha tenido éxito en los sectores a menudo más desheredados y, en las sociedades de clases, es una forma de ascenso en la escala social; así como en otras partes del mundo es una forma de ascenso social e incluso a veces político, es el deporte un movimiento de masas. Pero por ello mismo sus raíces sociológicas se apartan con demasiada frecuencia de las raíces de la cultura. La sociología de la cultura no es la sociología del deporte, aunque en ciertos medios y en ciertas épocas se observen superposiciones que son, desde luego, muy saludables. En general es preciso reconocer que si el deporte no ha logrado la expresión cultural, ello se debe en cierta medida al espíritu extremadamente conservador de nuestra cultura, que sigue estando demasiado reservada a ciertas minorías en lugar de abrirse a todas las fuerzas vivas del país. Tales son las causas sociológicas, por lo menos las principales.

Existen también causas que llamaré de orden ético. En efecto, como dije hace un instante, el deporte al igual que la cultura, es portador de valores morales o

éticos y mencioné algunas de ellos. Pero lo que constituye la base misma de los valores éticos del deporte no siempre ha gozado del derecho de ciudadanía en la cultura general de las sociedades contemporáneas. En efecto, la base de la ética deportiva es el cuerpo, que en nuestra civilización continúa ocupando un lugar inferior en la escala de los valores. El cuerpo, que fue durante mucho tiempo objeto de un tema para ciertas religiones y blanco del desprecio intelectualista, se enfrenta en la actualidad con un rival temible: la máquina, la máquina que lo vuelve inútil o lo convierte a su vez en máquina, desarrollando en él ese aspecto mecánico que precisamente el deporte utiliza para imperarla. De manera que si bien la ética deportiva es portadora de valores universalmente aceptados, se funda en un principio que por lo general no es reconocido en su dignidad y en su valor.

Para que el deporte fuera admitido por la expresión cultural, sería preciso crear ese humanismo del cuerpo cuyos primeros principios esbozó tan sólo Jean Prévost y que están aún por definir. ¿Qué lugar ocupa el cuerpo en nuestros sistemas filosóficos, nuestras artes, nuestra literatura, nuestra civilización en su conjunta? En muchos sistemas filosóficos — como consecuencia evidente de ciertas tradiciones religiosas — el cuerpo es considerado cosa impura o inferior; en el hombre es la bestia a la que se debe someter, dominar, olvidar a veces, y domesticar. Nunca se admite que el cuerpo pueda igualar en dignidad al espíritu, al corazón, al alma. Lo mismo ocurre en nuestra literatura, por alejada que esté de tales concepciones filosóficas o religiosas. En la literatura contemporánea, por ejemplo, ¿en qué medida se habla del cuerpo? La contestación es muy sencilla: en las novelas de hoy el cuerpo se reduce al sexo, o la sexualidad, y al parecer sólo interesa a nuestras novelistas jóvenes, y entre ellas sobre todo a las mujeres, ese aspecto sin duda muy importante, pero cuya trascendencia se ha exagerado quizás desde el punto de vista de la expresión cultural. Es este un prejuicio intelectualista; la inteligencia se venga del cuerpo considerándolo bajo su aspecto más alejado de la razón y del intelecto, es decir la sexualidad. Pero el cuerpo en sus demás aspectos, esa maravillosa armonía que alcanza justamente su plenitud en el deporte donde no interviene ningún elemento sexual, es totalmente ignorado por la poesía, el teatro y la novela, en una palabra, por toda nuestra literatura.

Por otra parte, en los aspectos más serios de la vida, el hombre moderno se alegraría casi de poder prescindir del cuerpo. La máquina realiza cada vez más lo que antes hacía el cuerpo. Y la ciencia, ese factor esencial y determinante de la civilización moderna, es quizás el mayor enemigo de un humanismo del cuerpo, pues nos enseña justamente que es sólo una máquina, una máquina que se puede perfeccionar por medios casi inhumanos.

Pienso en la belleza de los cuerpos destinados a los viajes interplanetarios. Todos hemos visto las fotografías de esos cuerpos magníficos, cuidadosamente selec-

cionados, que parecen envueltos en vendas como las que utilizaban los antiguos egipcios al preparar las momias de sus faraones para espacios aún más eternos. Ahora encerramos esos cuerpos creados para el movimiento, para la alegría de vivir; los reducimos a mecanismos y sólo les pedimos que permanezcan absolutamente inmóviles y sobre todo sin peso en un espacio totalmente ajeno al de nuestra vida concreta.

Así pues, la moral religiosa y la literatura intelectualista, la ideología utilitaria del maquinismo y el cientificismo, coinciden en hacer del cuerpo la gran víctima. El cuerpo es esa cosa de la que no nos atrevemos a hablar, de la que tratamos de prescindir, que quisiéramos reducir al mínimo porque sólo se manifiesta por el pecado, la pasión, la enfermedad, el terror y la debilidad.

Por el contrario, la ética del deporte proclama la dignidad del cuerpo. Afirma que no hay comparación posible entre la máquina del cuerpo humano y la máquina hecha por el hombre, ni siquiera, como decía Jean Prévost, entre la destreza y la fuerza del animal y la destreza y la fuerza del hombre.

En el plano ético aún no se ha ganado la partida, pues toda la evolución de nuestras concepciones morales tienden a olvidarnos de ese respeto del cuerpo que imperaba en la antigüedad y aún en el Renacimiento.

En fin, una tercera y última categoría de obstáculos: las de carácter estrictamente estético, que residen en la naturaleza misma del arte, es decir, de la expresión cultural. Si bien es cierta que el deporte es creador de belleza, la belleza que engendra es inmanente al acto mismo que la crea, no hay diferencia alguna, hay identidad entre el acto que crea la belleza y esa belleza. No hay belleza inmanente al acto. La belleza del deporte es el gesto, es un acto que se cumple y no se repite, inseparable de ese presente que se desvanece. Me he referido al dominio del tiempo y el espacio, sí, pero es un dominio que se destruye a cada instante.

En cambio la cultura se expresa de una manera completamente distinta, por medio de signos, estilizando, no los cosas, los cuerpos a las seres, sino los signos. La cultura establece así una distancia entre el objeto y la creación de la belleza. La materia del deporte es el cuerpo, la vida. El deporte está por entero en el presente, el actor está entregado por entero a la acción. La materia del arte es el signo, un conjunta de signos que sólo tiene una relación significativa, una relación absolutamente arbitraria y en nada natural, con el objeto o la idea que pretenden evocar. El literato, el escritor, no trabaja con emociones, con ideas, con postiones, sino con palabras. Las palabras les brindan la materia de su esfuerzo, se organizan en una frase que es bella; en esa consiste la belleza literaria y la belleza del lenguaje.

Análogamente, el pintor trabaja con colores, con luminosidades que significan otras cosas, otros objetos, pero se sitúa en el plano del signo. También en la escultura y en las artes más concretas, incluso en la música se trabaja con signos. Entre el creador y el objeto de su creación se establece esa distancia que libera la cultura y le da su valor de eternidad. El deporte se inscribe por entero en el acontecer, mientras el arte, que trabaja con el signo y lo desprende del objeto y de la vida, se inscribe en la eternidad. El deporte y el arte siguen, pues, direcciones opuestas.

Prueba de esta divergencia es el éxito que ha tenido el deporte en la esfera de las técnicas de información. Sus imágenes no aparecen en la literatura o en la música, sino en la prensa, la fotografía y la televisión. Todas las técnicas de la información parecen concebidas para el deporte, y entre ellas la maravillosa concordancia que todos conocemos.

El triunfo de esta tendencia está, evidentemente, en la televisión, que es quizá el rival más peligroso del espectáculo deportivo. En Roma vi a muchas gentes para quienes asistir a los Juegos Olímpicos consistía en sentarse frente a un aparato de televisión. La pantalla de la televisión, cuando la emisión es directa, como suele suceder, hace posible una simultaneidad absoluta entre el hecho vivido y el hecho transmitido. Entre el acontecimiento en que se estructuran la exhibición y la hazaña deportivas y la transmisión, o más exactamente la proyección de ese acontecimiento, queda totalmente suprimida la distancia. Ahora bien, la televisión, como toda proyección, es un análisis que descompone el acto deportivo en sus diferentes elementos. Pero quizá eso constituya, en cierto sentido, una superioridad, pues lo que se pierde en emoción, por no participar en el estadio mismo en esa comunión que da al espectáculo deportivo su nobleza, se gana en comprensión intelectual, gracias a la maravillosa posibilidad de análisis que representan la fijación y la orientación diferenciadas del objetivo para determinados detalles de la gesta deportiva.

La información y el deporte, que es un acontecer, tienden por naturaleza a confluír. En cambio, el arte y la cultura - la expresión cultural - cuya materia no es el acontecer, sino el signo, avanzan en dirección diametralmente opuesta: buscan una fijación, en último término, eterna. Preciso es reconocer que nuestra cultura actual aumenta aún más esa distancia. Si se piensa en los elementos más vivos de las formas de expresión de la cultura contemporánea, en las artes de vanguardia que podrían considerarse más abiertas a manifestaciones nuevas como el deporte, se advierte, por el contrario, que se alejan de ellas considerablemente. Así ocurre con la pintura, la escultura y la poesía lírica, en las cuales se está esperando actualmente una verdadera revolución.

Porque esa revolución no consiste en acercar el signo al objeto, sino a la in-

versa, en erigir el signo en objeto absoluto. Pienso, por ejemplo, en la pintura abstracta, en la cual el signo, es decir, el color, dejó incluso de serlo, pues por definición se ha suprimido en absoluta toda relación entre ese color y un objeto, una idea o un sentimiento. Es la pintura del color por el color, del juego de colores y de luces, del juego de formas, de colores y de luces en sí, al margen de toda relación significativa.

El deporte es el juego concreto por excelencia. Es el juego de nuestro cuerpo, en un momento total que no se reproducirá jamás. ¿Cómo traducirlo al lenguaje de la pintura abstracta? Hay, por definición, un divorcio; son dos fenómenos que siguen direcciones opuestas. Naturalmente, lo mismo puede decirse de la escultura abstracta o de lo que se llama música concreta, por no decir en realidad que es abstracta a su manera, y de la poesía lírica que actualmente reinventa el lenguaje prescindiendo del sentido de las palabras.

Tales son las causas de índole estética, profundas o occidentales, que sitúan la expresión artística y el deporte, a pesar de las apariencias, en polos opuestos. El deporte y el arte son creadores de belleza, pero en sentido totalmente distintos. El deporte es la belleza immanente, identificada con el acto que la crea. El arte, sobre todo en sus formas más modernas, es un arte de disociación, en que el signo crea un universo que rivaliza con el universo real y se aleja de él. En el deporte no existe precisamente esa distancia que en la cultura separa al acontecimiento del signo, y que es la dimensión de la conciencia, el plano que confiere una significación destinada a la universalidad. En ese plano se opera esa alquimia de la reflexión, en el que se realiza la espiritualización definitiva. Por ejemplo, el gesto del discóbolo, que acabamos de admirar en el estadio, ¿qué es exactamente? Sólo un instante, un ademán que nunca habíamos visto y nunca volveremos a ver. Fuera de la imagen fotográfica que lo fijó o de la información que lo difundió inmediatamente por el mundo entero, sólo queda de él un recuerdo. Pero si comparo ese ademán del atleta con el Discóbolo de Mirán, paso de un gesto momentáneo a un movimiento eterno. La imagen que contemplo no corresponde a la victoria de Hurter que, dentro de unos meses o unos años nos costará recordar. Aquí descubro en su significado universal la belleza del gesto realizado por todos los campeones que han lanzado el disco. Puse como ejemplo una estatua, pero hubiera podido citar un poema, una portitura o un cuadro. El deporte no nos da todavía lo que nos ofrece la expresión artística, la cultura: una significación que nos permita dominar los instantes, dominar todo lo que se borra y lograr un valor eterno.

Sin embargo será preciso que el deporte cruce un día ese umbral y que la cultura salga de ese círculo demasiado restringido, donde resulta a veces reservado a unos cuantos "sabios". Es preciso que un día el deporte deje de ser ese esfuerzo vano en que se agota la juventud, como esos series de records que se suceden y en los

cuales la exaltación del "nunca hasta ahora" va seguida por la melancolía del "nunca más", del acontecimiento que se no repetirá. Es preciso que un día el deporte acceda también a esa forma de eternidad que sólo puede darle la cultura.

Es posible que ciertas diferencias, como las de orden ético o estético a que me he referido, sean naturales, y que haya siempre entre el deporte y la cultura un paralelismo, una semejanza, pero jamás esa identidad, esa concordancia profunda que deseamos. Sin embargo, en la medida en que el divorcio que hemos comprobado no se deba al egoísmo de nuestra cultura o a cierto desprecio de la intelectualidad y la belleza por parte de algunos deportistas, es posible al menos poliarlo. Indudablemente es tarea de los especialistas en educación, general o física, y en particular de todos los organismos interesados en estas cuestiones, luchar por ese acercamiento entre el deporte y la cultura, entre la cultura del cuerpo y la del espíritu que constituyen - o deberían constituir - las dos facetas, las dos vertientes de un solo humanismo. Pues si no hay en el mundo actual nada más joven, nada que tenga más potencialidades que el deporte, nada tiene mayor antigüedad y riqueza que la cultura. Y es absolutamente necesario que se compenetren y se comprendan.

Preparado e Impreso por la División Difusión e Información de la Administración de Educación Física, Deportes y Recreación.

LAS HERAS 2191 - BUENOS AIRES - R. ARGENTINA - AGOSTO de 1969